

SUEÑOS DE IGUALDAD

por
Mejías Jr.

Con el paso de los años resulta cada vez más fácil evocar recuerdos, sobre todo los de la niñez. Me vienen a la memoria aquellos años en los que bajábamos a la calle a jugar niños y niñas compartiendo juegos unas veces, otras, cada uno en su rol. Ser niño era muy fácil, solo tenías que ser líder o formar parte del grupo sin más. Ser niña... era un poco más complicado. Tenías que ser modosita, calladita, educadita, aquietada, "buenaniña", aplicada, ayudar en la cocina, en las labores de la casa, llevar ropa de color de rosa, vestiditos y falditas, jugar a las cocinitas, a las madres, a la goma, a las tabas.... cosas de niñas. Aparte estábamos las sagitario: aventureras, amantes del riesgo, de los pantalones y las zapatillas deportivas, ¡mucho más cómodas para subirse a los árboles, donde vas a comparar! Siempre inventando historias, imaginando viajes, buscando siempre horizontes nuevos, rescatando animalitos y, sobre todo, asaltando el botiquín un día sí y otro también. Mi madre, educada en una posguerra patriarcal, siempre pensó que era un caso perdido y se empeñaba en enseñarme a tejer o hacer camas, limpiar el polvo... ¡me parecía tan aburrido! Empezaba a limpiar el polvo y terminaba subida en una silla con el paño en alto gritando: "¡Al abordaje mis valientes!". Mi madre se enfadaba mucho, siempre resoplaba y me miraba diciendo: "¡No sé qué vamos a hacer contigo!", y yo le decía: "Comprarme un barco, Mami", a lo que ella respondía: "Eso son cosas de hombres, ¿a dónde vas a ir tú con un barco?". ¿Pues a dónde iba a ir?... ¡A explorar el mundo!

Unas Navidades, mis hermanos y yo escribimos nuestra carta a los Reyes con mucha ilusión, cartas que luego nuestros padres recogieron y se fueron a entregar: "Cuida de tus hermanos mientras nosotros llevamos las cartas a los

Reyes". Tardaron muchísimo en volver, demasiado tiempo para estarse quieto y en una de mis aventuras rompí el cristal de una ventana del salón: menudo castigo me cayó ese día. Llegó el día de Reyes, nos levantamos prontísimo y muy nerviosos fuimos a abrir nuestros regalos. Yo había pedido un *Lego* de construcción, un castillo concretamente; lo construiría y luego me imaginaría batallas e historias dentro y fuera de él, pero cuando vi la caja me pareció demasiado pequeña para llevar todo un castillo dentro y mi desilusión al abrirla fue tan grande que ni siquiera quise desayunar. Primero pensé que sería un castigo más por haber roto la ventana, después dije a mi madre: "Se han confundido, Mami, esto no es mi castillo, ¡me han traído juegos de mesa! ¡Yo no he pedido juegos de mesa!", a lo que mi madre respondió que los castillos eran juegos de chicos: "Pide unas muñecas como tus hermanas o una cocinita, pero como pides cosas de chicos no sabíamos qué traerte". Menudo rollo, juegos de mesa, y qué voy a hacer yo con esto, no podía entender aquello, me dolió mucho no poder conseguir lo que tanto deseaba solo por ser una niña. Si hubiese sido niño yo hubiese tenido mi castillo, seguro, así que empecé a odiar ser niña: las niñas no podíamos hacer nada de lo que a mí me gustaba. Curiosamente no recuerdo más Navidades, solo aquella que no fue la más triste de mi vida pero sí bastante decepcionante.

Con la entrada en la adolescencia lo de hacer cosas de chico se volvió más complicado. Al entrar en el instituto, el equipo de baloncesto vino a por mí inmediatamente, al igual que el equipo de atletismo: 1,83 m no se podían despreciar. El baloncesto, a pesar de mi estatura, no era lo mío pero el atletismo sí que me gustaba. Cuando le pedí a mis padres que me firmaran la federación volví a escuchar el famoso: "Eso es para chicos", y volví a desear ser un hombre.

Mi abuelo era un hombre tan sagitario como yo: soñador, aventurero, con ganas de viajar y conocer mundo, alto con unos ojos verdes que se encendían como dos faros cuando me sentaba en sus rodillas y me contaba historias de su juventud. Siempre me decía: “Cuando seas mayor nos iremos juntos de viaje a conocer el mundo”, y yo soñaba con aquél día, sonreía y le decía: “¿Cuándo va a ser eso, Abuelo?”. Ese día nunca llegó, al menos no en su compañía; sin embargo, una promesa es una promesa y heme aquí, en uno de esos días de mi ya algo más larga vida, recorriendo el río Nilo, con el viento en la cara y una puesta de sol doblemente dorada por culpa de las dunas, junto a aquel desierto que tanto me cautivó mientras le decía a mi abuelo: “Tenías razón, el mundo está lleno de rincones muy especiales y yo te brindo el primero de todos los que pienso recorrer”.

Desde entonces ya he estado en unos cuantos lugares y de todos ellos me traje muy buenos recuerdos que evocaré en mi vejez y me harán contar historias a mis nietos, que espero sean todos sagitario, da igual niños o niñas pero, por favor, Dios mío, que sean lo más sagitario posible para poder alimentarme de sus historias yo también.

A mi madre: mil gracias por haber sido tan buena madre, de esas que pasaban la noche en vela junto a tu cama cuando tú estabas muy enferma, que desde su mundo te explicaba las cosas como ella las entendía y que hoy en día, cada vez que practico una de mis locuras, se lo cuenta a todas sus amistades, a ser posible con fotos.

A mi abuelo: mil gracias por contagiarme el bicho del viajero, por hacerme ver que uno ha de seguir sus sueños, hacerlos realidad, seas quien seas y vengas de donde vengas.